

# Indiscernible: literatura y psicoanálisis en una orilla atlántica

✉ NORA CATELLI / Universidad de Barcelona / [ncatelli@gmail.com](mailto:ncatelli@gmail.com)

## Resumen

Este trabajo propone comentar algunos rasgos peculiares de la relación entre cultura psicoanalítica y modernidad literaria en la Argentina. El primero es el que atañe a ciertos intercambios con España; sobre todo aquellos que, en un período singular, con la llegada del exilio argentino (1975–1983) alteraron el flujo tradicional Norte–Sur que en general caracteriza los intercambios editoriales y académicos entre metrópolis y periferias. Se esboza también una comparación con la recepción anglosajona, sobre todo estadounidense, que guarda algunas semejanzas con la recepción argentina; por ello se esgrimen los nombres de W.H. Auden e Hilda Doolittle. El tercero se refiere a la configuración de los discursos psicoanalíticos en la cultura argentina, deteniéndose sobre todo en la constitución de un campo de estudios de los textos literarios desde perspectivas psicoanalíticas clásicas primero; después, con las lecturas existencialistas —hoy un tanto relegadas— de los textos de creación y, más tarde, con la irrupción del lacanismo, ampliando el campo de la lectura también al de la escritura. Se propone que, salvo excepciones, el discurso psicoanalítico lacaniano se convirtió, durante un lapso singular (entre 1970 y, al menos, comienzos del

siglo XXI) en algo indiscernible de gran parte de la producción literaria argentina, sus formas de apreciación y sus mecanismos de legitimación. Aunque al mismo tiempo, en algunos autores y críticos, como Ricardo Piglia, Juan José Saer y Julio Premat, se mantuvo, en esta misma época, una posición más tradicional, equidistante, similar a las lecturas que desde posiciones fuertes y autónomas de la especificidad literaria, mantuvieron Auden y Doolittle.

**Palabras claves:** literatura argentina • psicoanálisis • Lacan • historia comparada de las ideas • literatura comparada

## Abstract

This essay comments some specific features in the relation between the culture of psychoanalysis and literary modernity in Argentina. Firstly, the essay comments a few exchanges with Spain, especially those that, coincident with the Argentinean exile (1975–1983), altered the North–South dynamics that usually characterizes the publishing and academic exchanges between metropolises and peripheries. Secondly, the essay compares this relation to the Anglo-saxon reception, especially in the United States, which bears some similarities to the Argentinean reception, and focuses on au-

thors like W. H. Auden and Hilda Doolittle. Thirdly, attention is paid to the configuration of the psychoanalytical discourses in the Argentinean culture, delving on the constitution of a field of study of literary texts from classical psychoanalytical perspectives first, to existentialist readings of creative texts later —today less prominent—, and finally to the irruption of Lacanianism, which broadened the field to include writing. The essay claims that, with a few exceptions, the Lacanianist psychoanalytical discourse became indiscernible from a great

part of the Argentinian literary production, its appreciation, and its mechanisms for legitimation during the period between 1970 and, at least, the beginning of the 21st century. Simultaneously, however, some critics like Ricardo Piglia, Juan José Saer, and Julio Premat took a more traditional, equidistant position, maybe similar to the strong and independent ones that Auden and Doolittle held.

**Key words:** Argentine literature • psychoanalysis • Lacan • comparative history of ideas • comparative literature

### Conflictos atlánticos

En la Argentina de los últimos setenta años el discurso psicoanalítico es indiscernible del de la crítica, si tomamos este término en sentido muy amplio: como conjunto variado de recursos para pensar en las ciencias sociales, el arte, la literatura. En suma, la vida de la cultura. Aunque no sea el objeto central de estas reflexiones, tienta pensar en lo que sucedió y sucede en España, puesto que el intercambio entre ambas orillas marcó desde el principio la vida de las ideas psicoanalíticas en las dos sociedades. En España el discurso psicoanalítico ha sido insoportable o se ha concebido como resistencia: se lo ha incorporado encapsulándolo; por eso quienes lo practican —casi siempre fuera de la psicología, la psiquiatría y la medicina; casi siempre fuera de la universidad— lo hacen de un modo partisano. Sigue siendo una práctica escasa; por eso, cuando en España se invoca hoy —minoritariamente— a Jacques Lacan se lo hace con la misma euforia con que los lectores de principios del siglo xx vieron la llegada de los primeros libros de Freud, con un rechazo y una fascinación notorias. Casi podría decirse que en España el psicoanálisis conserva su característica inicial de subversiva radicalidad; sigue siendo minoritario, asombroso, visto como irreductible.

Quiero reflexionar sobre algunos rasgos de las relaciones entre el discurso de la crítica —que es el de la literatura— y el psicoanalítico en la Argentina y, en menor medida, casi como un eco, en cómo se recibió el discurso psicoanalítico en España a partir de los años setenta del siglo xx. En 1982, inmediatamente después de la muerte de Oscar Masotta (1979) y la de Jacques Lacan (1981), un número de *Camp de l'arpa. Revista de literatura*, publicó en Barcelona el dossier «Lacan, psicoanálisis y literatura», que se abrió con un editorial de Germán García («Psicoanálisis y literatura»):

Lenta, inexorable, una polémica sobre el psicoanálisis se expande por España. Ya no se discute, como en la década de los treinta, el supuesto «pansexualismo» de Freud; ahora se trata de

Fecha de recepción:

3/3/2017

Fecha de aceptación:

14/6/2017

Jacques Lacan y del inconsciente estructurado como un lenguaje, aforismo, este último, que sacudió la rutina de la práctica y la ceremonia de los congresos. (García 1982:3)

El dossier incorporaba textos de Lacan, de Jacques Alain Miller, Pamela Tytell, Miriam Liliana Chorne, Miquel Bassols, y Catherine Clément, y se proponía como una apertura hacia un ámbito institucional de bordes sin duda hostiles. La figura local más importante de este encuentro fue el escritor y antropólogo Alberto Cardín, traductor, ensayista y polemista y director de revistas fundamentales de la vida española: *Diwan* (1978), *La Bañera* (1979) y *Luego... cuadernos de crítica e investigación* (1985). En ellas se advierte que Cardín quiso intervenir sobre la literatura española a partir de la lectura de Lacan. En este sentido, activó el diálogo o la confrontación entre lectura psicoanalítica y lectura literaria.

La organización de la respuesta por parte de la universidad y la crítica españolas llegó en forma de sistematización pragmática en 1994 por parte de Isabel Paraíso, una de las primeras catedráticas de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, que somete el psicoanálisis a una de las mayores operaciones de astringencia conceptual y neutralización ideológica que la disciplina ha conocido: *Psicoanálisis de la experiencia literaria*.

A pesar de que este trabajo apenas puede esbozar observaciones en torno de momentos o autores significativos, el mero recorrido de las investigaciones argentinas y el eco de las españolas brinda ya la primera perspectiva conjunta y el primer contraste: de un lado, Hugo Vezzetti, Mariano Plotkin o Germán García, que han revisado, descubierto y ampliado la historia de la llegada e implantación del psicoanálisis en la Argentina (y, en el caso de García, también en España) sin ejercer ningún tipo de restricción mental, ese hábito autoritario que se preconizaba en los confesionarios: en sus investigaciones no se recurre a la obliteración de nombres, datos, o actividades cuando éstas no pueden agruparse dentro de una escuela psicoanalítica, una tendencia clínica o un determinado origen nacional. Del otro, del lado español, reveladores ejercicios de restricción mental, como este párrafo en un artículo de 2012 titulado «Una contribución a la historia del psicoanálisis en España»:

A finales de los años setenta se establecen en nuestro país una serie de psicoanalistas sudamericanos, especialmente argentinos, la mayor parte de los cuales vienen como exilados por razones políticas, entre los cuales podemos destacar a Grinberg y Spilka, que, además de ejercer privadamente, inician la formación de algunos otros españoles. (Sánchez Barranco, Sánchez Barranco Vallejo, Balbuena-Rivera:165)

En una versión anterior (2008) del mismo artículo, más detallada aunque por ello mismo más abundante en errores, todavía citaban las investigaciones de Anne-Cécile Drouet —que desaparecen en la bibliografía de 2012— y mencionaban, con un tono entre escandalizado y reticente, la llegada de Oscar Masotta a Barcelona. Otro ejemplo interesante de restricción mental se comprueba en

«Historia del psicoanálisis en España y sus contrastes con el mundo anglófono» de Federico Allodi, que en 2012 logra nombrar a Ángel Garma sin mencionar que se exilió en la Argentina y, no menos meritorio, logra no nombrar el exilio argentino en España a partir de 1975.

Por ello, pensar Argentina y España en relación no sería, en este caso, caprichoso: en la primera mitad del siglo xx Argentina recibió de España las traducciones iniciales de Freud y algunos de los primeros psicoanalistas como consecuencias del exilio del 36–39. En la segunda mitad se dio el caso inverso. Por eso el sesgo —y sus lapsos— no son arbitrarios, ya que en la etapa inicial de la circulación de los textos de Freud hubo, entre Argentina y España, muchos lazos comunes, como han señalado los estudios ya nombrados de Vezzetti primero y de Plotkin y García más tarde. Estos vínculos (traducciones y exilios de España hacia Argentina) dibujaron un trayecto específico que se extinguió con el final de la guerra civil española. Después, la sociedad peninsular surgida tras la muerte de Franco fue testigo de la llegada a España de un vasto contingente argentino de exiliados: escritores, intelectuales, periodistas y psicoanalistas. No fue la única aparición de productos de la cultura argentina a España en este periodo. El exilio de 1975–1983 estuvo precedido, entre finales de los años cuarenta y hasta los años ochenta, de una vasta actividad exportadora de la edición argentina, que en este período, como ha sido detalladamente estudiado, invirtió el tradicional esquema de relación hegemónica Norte–Sur y motivó que la llegada del existencialismo, el estructuralismo y la teoría literaria a España se hiciera en gran parte desde la Argentina, con no pocas reacciones de irritación y fastidio en la ex metrópoli. Ni la llegada de las traducciones desde Argentina ni la de los exiliados más tarde alteró masivamente el funcionamiento institucional férreo —en la universidad y en otras formas de sociabilidad modernas— reticentes en España a la incorporación del discurso psicoanalítico como herramienta cultural y como recurso clínico. Queda por analizar todavía el intrigante tránsito español de adhesión académica dogmática al escolasticismo de la primera universidad franquista, su deslizarse más tarde hacia el positivismo en las humanidades y su posterior y completa adhesión, en las facultades de psicología, al conductismo y cognitivismo.

No hay que caer, no obstante, en la delectación de las simetrías, inversas o no. Para alterar la que he propuesto basta incorporar otro elemento a la comparación, recordando que la recepción argentina del psicoanálisis como discurso y como terapia debe admitir un tercer término, Estados Unidos de América, con el que posee singulares similitudes sociológicas (y algunas diferencias).

### **Freud, los poetas y la cultura popular en la América anglosajona**

En 1939, año en que llegó a Estados Unidos, el poeta inglés W.F. Auden dedicó a la muerte de Freud un poema potentísimo que terminaba con versos hoy muy citados:

Our rational voice is dumb/  
Over his grave

the house hold of Impulse mourn sone dearly loved:  
 sad is Eros, builder of cities,  
 and weeping anarchic Aphrodite  
 (Auden:85)<sup>1</sup>

El poeta se inclinaba ante el sabio. Así también, con ese perfil, aparecía Freud en «The Master», el gran poema de H.D. (Hilda Doolittle) escrito entre 1935 y 1935:

He was very beautiful,  
 the old man,  
 and I knew wisdom,  
 I found measure less truth  
 in his words,  
 his command was final;

(how did he understand?)<sup>2</sup>

Era, en ambos casos, un canto hacia una forma de saber nueva pero de índole clásica a la vez: era el reconocimiento a la severidad del pensador inclemente, infatigable, que allanaba y guiaba cualquier tránsito hacia el secreto del inconsciente: hacia el mundo de los muertos, hacia la interioridad, hacia los símbolos. En última instancia, hacia la creación.

En Auden o en H.D. se encarnaba la voz de la cultura alta, la voz de los letrados, admitiendo la entrada a su comunidad a Freud, a aquel que, con los más refinados instrumentos de su tiempo —nuevas ciencias médicas y neurológicas, observación de los cuerpos, desciframiento de los lenguajes— entregó a la cultura de la época y a sus detentadores mayoritarios, las clases medias, ejercicios novedosos de duda acerca de la propia conciencia. Hasta entonces tales métodos estaban casi siempre confinados al uso de élites: intelectuales, artistas, pensadores, clérigos. Freud los puso al alcance de muchos. En 1952 el mismo Auden describió con efusiva ligereza la difusión popular del psicoanálisis: «Today, thanks to Freud, the man-in-the-street knows (to quote by an in accurate memory from *Punch*) that, when he thinks a thing, the thing he thinks is not the thing he thinks he thinks, but only the thing he thinks he thinks he thinks» (Auden:15).<sup>3</sup>

Desde la perspectiva de la historia de las ideas el propio Philip Rieff (cuyo *Freud, la mente de un moralista*, de 1950, fue traducido en la Argentina en 1966 por la editorial Paidós) argumentó extensamente, en *The Triumph of the Therapeutic. Uses of Faith after Freud* (1966), el efecto democratizador del psicoanálisis y sus consecuencias para la percepción de la interioridad. Por un lado, la nueva disciplina mostraba al «hombre de la calle» el desasosiego de no ser dueño de las propias palabras y a la vez le ofrecía la posibilidad de comprender las claves de ese desasosiego y paliarlo a través del acceso a la abundante producción divulgativa, de lo que Hugo Vezzetti llama «freudismo» (1996:149) y que fue anterior incluso,

en la Argentina, a la existencia misma de psicoanalistas. Por otro, otorgaba a cualquiera el acceso a las claves de la creación: si la fuente de inspiración y la capacidad de simbolización era común a todos —como *La interpretación de los sueños*, en 1900, expuso al mundo— todos podían vindicar y atribuirse el conocimiento de esas claves, antes reservadas a capas o élites iniciadas. En 2001, describiendo y evaluando la herencia centenaria del psicoanálisis, Jorge Belinsky volvió sobre esta doble vertiente —la letrada y la divulgativa— como espacio asentado de figuración subjetiva y social:

A finales del siglo xx se produce otra transferencia (...): el más íntimo de los mundos, el onírico, es trasladado a un nuevo espacio creado por Freud en el capítulo final de *La interpretación de los sueños*. Ese nuevo espacio, que su autor quiso científico pero que parece más afín con lo literario (cosa que Freud sabía), pronto incluirá materiales provenientes de los más diversos dominios: narraciones, mitos, rituales, creaciones artísticas y construcciones culturales; sin que esa diversidad anule el privilegio del elemento fundante y de la obra inaugural. (163)

Lo interesante en este repertorio de citas es la perspectiva (pan) americana: Auden, residente en Estados Unidos, mantuvo ante Freud dos perspectivas; lo leyó desde dos ángulos. El de 1939 era el del letrado, reverente ante la lucidez radical de *El malestar en la cultura*, de donde probablemente provenga, como observó Tony Tanner, la definición de Eros como «constructor de ciudades» (1). El de 1962 es otro: es el del observador de las costumbres y lector de la prensa que ya ha podido comprobar el alcance popular del psicoanálisis. A Freud tanto H.D. como Auden lo celebraron como sabio; para la popularidad del psicoanálisis —para el freudismo, diría Vezzetti— Auden cita imperfectamente *Punch*. Puede decirse que, como las dos vertientes —cuyo poso histórico recoge Belinsky— se encuentran también en la implantación del psicoanálisis en la Argentina.

### **De la circulación de las ideas psicoanalíticas a la escritura de lo psicoanalítico en la literatura**

Entre los años veinte y los años sesenta del siglo xx en diversos contextos modernizadores —como la Argentina— se combinaron estas dos vertientes de la nueva disciplina: la circulación de los libros de Freud —en el caso del castellano, casi paralela a la de los originales alemanes— aunaba el acceso directo a los textos con la divulgación, que permitía al «hombre de la calle» dudar de lo que pensaba y, no menos importante, buscar maneras de paliar el desasosiego de esa dubitación. La vertiente culta, la de los poemas de H.D. y Auden, que confiere al psicoanálisis una clave para comprender las fuerzas sociales a la luz de Eros y de la «anárquica Afrodita», tardaría un poco más.

En un largo proceso, la cultura argentina se liberó parcialmente de las ataduras del positivismo, el higienismo y la psiquiatría. A partir de 1983 con *La locura en la Argentina*, seguido de *El nacimiento de la psicología en la Argentina* (1988) y, sobre todo, de *Aventuras de Freud en el país de los argentinos*, de José Ingenieros a

*Enrique Pichon-Rivière* (1996) y en «La presencia del psicoanálisis en la cultura de masas» (1999) Vezzetti ha descrito de manera exhaustiva la primera etapa y el modo en que se constituyó en la Argentina el campo de lo que Mariano Plotkin y F. Neiburg llamaron «conocimiento social» (Plotkin y Neiburg:28). Dentro de esta primera y extraordinaria difusión hay ciertos hitos que muestran ya una conexión temprana entre freudismo y cultura literaria que será característico de la Argentina: por ejemplo, el papel del poeta peruano Alberto Hidalgo —cuya identidad desveló Vezzetti— como divulgador del freudismo.

¿Cuándo se produjo en la Argentina el tránsito del «conocimiento social» a los discursos de la cultura alta? El mismo Vezzetti incorpora el nombre de quien encarnó este movimiento al título de su libro de 1996: Enrique Pichon-Rivière,<sup>4</sup> quizá el primer crítico sistemático argentino de literatura alta desde el ángulo psicoanalítico. Hay que dejar aquí de lado el riquísimo entramado que Vezzetti expone respecto de las distintas vertientes de la formación de Pichon-Rivière (psiquiatría, lecturas del corpus freudiano como recurso para pensar la enfermedad mental, centralidad de la experiencia de lo siniestro, lecturas de psicología del aprendizaje, psicología de los grupos) y detenerse en la época y el momento en que empiezan a parecer sus conferencias y escritos sobre Isidore Ducasse: de 1946 a 1947. Tras la guerra, se habían normalizado los envíos y los contactos entre París y Buenos Aires: son los años en que en revistas como *Critique* y *Les Temps modernes* ofrecen a los lectores de fuera de Francia una red simultáneas de textos y lecturas —sobre poesía surrealista, Sade, Jean Paul Sartre, Kafka y el conde de Lautrémont—. Los trabajos de Pichon-Rivière son contemporáneos de los estudios sobre surrealismo y también de los de Maurice Blanchot sobre Sade y Lautrémont. Por supuesto, son lógicas las reticencias ante el mecanicismo biográfico y textual de las relaciones entre el dispositivo psicoanalítico kleiniano y los fragmentos detalladamente escogidos dentro de la parafernalia de los *Cantos de Maldoror*. Eso ha condenado a Pichon-Rivière a ser mencionado pero pocas veces revisado (aunque lo hace Vezzetti) al considerárselo un ejemplo de malo y automático psicoanálisis aplicado. Sin forzar paralelismos que podrían bordear el atrevimiento o el disparate, quiero sin embargo señalar cuán similar es, en autores tan distintos como Pichon-Rivière y Blanchot, el esfuerzo y la tensión críticas a las que obliga aquella parafernalia. El primero hace con ella un repertorio que, podría decirse, duplica en otro léxico, el psicoanalítico, los excesos materiales de los *Cantos*. Pero el suyo no es un texto *naïf*: los autores que cita, más allá de las autoridades de su disciplina (Freud, Klein, Fairbain, Rank, etc.) son los que formaban en ese tiempo, casi toda la constelación obligada para acceder a Ducasse: Léon Bloy, Sartre, Marcel Raymond, Pierre Mabilie, Léon-Pierre Quint.

Lógicamente, Blanchot no duplica de manera mecanicista, aunque hasta cierto punto se somete a las reglas retóricas de la acumulación tremendista de los *Cantos de Maldoror*: se ve obligado a nombrar los actos, mortificaciones, sevicias y bestiarios de los *Cantos* en apretados párrafos de enumeraciones violentas y, en ocasiones, con evidente incomodidad mimética por su parte. Blanchot relega las

lecturas psicoanalíticas de Ducasse a una mención dedicada a «los psicoanalistas» (Blanchot:298) y a una detallada nota al pie (351) referida a Jung, a propósito de las figuraciones animales de lo femenino. Pero cuando parece entregarnos, con su lucidez característica, la conclusión acerca de la «experiencia» (243) de Lautréamont, recurre a una interpretación no muy alejada del dibujo del niño feroz de Pichon-Rivière:

Lautréamont es ese extraño ser que, irreal incluso bajo el nombre aparente de Ducasse, ha querido darse a luz y llevar del todo la responsabilidad de su propio comienzo. Tentativa que es la verdad de su mito. Pero aquel que quiere ser el amo de su origen, advierte enseguida que nacer es un acontecimiento infinito. (379)

Cuando se han recorrido los *Cantos* se advierte que la sucesión de catástrofes, transformaciones, conflagraciones, satanismos, incorporaciones y degluciones se sostienen, precisamente, en la incandescencia instantánea del desgarro (cosmológico, corporal, genital, bucal, animal) que supone el acontecimiento infinito del nacimiento, y que la glosa psicoanalítica de Pichon-Rivière no ha dejado de sostenerse cerca de esa visión: la de que nacer es el acontecimiento infinito.

### **Escrituras sartreanas, sensibilidades lacanianas**

No obstante, Pichon-Rivière ha pasado a la historia de las relaciones entre literatura y psicoanálisis más como un mediador que como un autor sustancial; así lo trata Noé Jitrik en su imprescindible «Las marcas del deseo y el modelo psicoanalítico», que abre el volumen 10 de la *Historia crítica de la literatura argentina* (Cella):

en especial hay que mencionar la particular sensibilidad de Enrique Pichon-Rivière, que registra varios trabajos psicoanalíticos sobre literatura, lo mismo que Arminda Aberastury; Pichon-Rivière estuvo en sus comienzos ligado al surrealismo, fue temprano interlocutor de Lacan y autor, como éste, de trabajos sobre Rimbaud. (Jitrik)

De la misma manera, Jitrik considera que el lapso entre 1948–1950, años de las lecturas literarias y del psicoanálisis aplicado, y 1964, en que por primera vez Oscar Masotta escribe sobre Lacan, sería una especie de momento preparatorio para un giro decisivo, el que marca tanto «el ingreso de Lacan al universo psicoanalítico» (Jitrik:23) como la intervención «libre de toda idea de aplicación» (23) de Nicolás Rosa, que hará entrar «en su dispositivo crítico, en una suerte de interdiscursividad práctica, la dimensión psicoanalítica postlacanianana, con posterioridad a la experiencia de *Los Libros* (1969–1976), en la cual es muy fuerte la impronta postestructuralista de la revista *Tel-Quel*» (23). Estas consideraciones, aunque precisas, merecen algunas matizaciones. Entre 1956 y 1959 Oscar Masotta publicó ensayos que, en la órbita del existencialismo y, sobre todo, en la de la prosa de Sartre como modelo de exposición y la de Maurice Blanchot como ideal de lectura (Masotta 1962:68) trabajaron sobre motivos de la representación de los personajes como



portantes del problema de la definición entre «la necesidad (material) y el deseo no solamente animal sino humano» (1982:86). *Sexo y traición en la obra de Roberto Arlt* (1959) y los diez primeros ensayos recopilados en *Conciencia y estructura*, anteriores a «Jacques Lacan y el inconsciente en los fundamentos de la filosofía» y a «Roberto Arlt, yo mismo» (1968:280–281) abarcan el período que Alberto Giordano ha analizado en «Los ensayos literarios del joven Masotta (primer encuentro)» y «La búsqueda del ensayo». Giordano define el alcance de *Sexo y traición* como ensayo (en el sentido literal del término) siguiendo al propio Masotta; es decir, en tanto tentativa o preparación para lo que éste no hará (porque no se puede hacer o porque ya ha sido hecho): «un psicoanálisis existencial e histórico del hombre Arlt y ya no del hombre de Arlt» (2005:147). Concluye Giordano: «Recostada sobre el horizonte inalcanzable de la “verdadera crítica” hacia el que tienden —como ejemplo excesivo— las increíbles mil quinientas páginas de *El idiota de la familia*, el ensayo de Masotta no puede considerar más que provisorio e inconcluso» (147). Por supuesto, hay que tomar irónicamente la alusión a la «verdadera crítica», porque desde su aparición *El idiota de la familia* se consideró un fracaso. No se volvió ilegible sino que nació ilegible, mientras que *Sexo y traición...* sigue siendo perfectamente legible. Quizá se haya debilitado notoriamente el entramado filosófico que sostenía a Sartre (la articulación entre marxismo, existencialismo y fenomenología) pero el ensayo de Masotta, como vía de acceso a Arlt, no es sólo un documento para la historia de la crítica argentina, sino que permanece vivo como escritura y artefacto interpretativo. Es la primera señal de que la herencia fija del primer psicoanálisis (aplicado) logró salirse de ese procedimiento al utilizar al Sartre de los grandes ensayos breves (no al de *El idiota de la familia* o al también monumental de *San Genet, comediante y mártir*). En ese Sartre crítico literario había una noción fuerte y vigente de la circulación y tensión inconsciente entre determinismo social y libertad individual, más allá del propio programa explícito. Esa circulación puede definirse, para usar a Raymond Williams, como una suerte de estructura de sentimiento que se actualiza como estilo de exposición. No sólo en Masotta, sino también en Jitrik y, por supuesto, en el Rosa de los ensayos de finales de los años sesenta reunidos en *Crítica y significación* (1970). Vezzetti señala que la vida intelectual argentina de los años setenta mostró que las nuevas generaciones pasaron del marxismo al lacanismo a través de la llegada de Louis Althusser:

El althusserianismo–lacanismo se implantaba en Buenos Aires, en Córdoba y en Rosario con una fuerza considerable, y significaba, para muchos, un acceso inédito a la obra de Freud desde el marxismo, algo que hubiera sido impensable en los años cincuenta. (Vezzetti 2016:265)

Se puede agregar que este acceso a la obra de Freud desde el marxismo conservó durante algunos años la impronta sartreana, como se puede comprobar en «Sexo y novela: David Viñas» (1969) de Rosa, que sin embargo incorpora al hábito del discurso sartreano, con sus asertos fulgurantes, lecturas psicoanalíticas laxas, prelacanianas, junto con innovaciones del primer acceso a Lévi-Strauss y a

la nueva lingüística transmitida por Barthes. Oímos a Sartre en la «corporalidad alienada que traduce las fracturas, las ambivalencias, la ambigüedad sustancial de una cierta mentalidad de clase y sus marginados-satélites» (Rosa:69). Oímos a Jakobson, Klein, Pichon-Rivière y Bleger en «El procedimiento de la metonimia —generado por la concentración libidinal e hipocondríaca hacia un órgano o sector del cuerpo— desplaza los contenidos vitales a las partes perversamente escindidas» o en «La ansiedad —ese producto primario de relaciones objetales sádicas conduce al desmembramiento del cuerpo». (69). Rosa logra que el uso de estos elementos forme un rico dispositivo crítico que, con sus oscilaciones y con las posteriores incorporaciones de Lacan y Derrida (que borraron finalmente el eco de Sartre en su escritura), ha constituido quizá —muchas veces de manera tácita— uno de los tonos reconocibles de la crítica y la literatura argentinas. En ellas, de manera indiscutible, y más allá de las marcas individuales de Rosa, el discurso psicoanalítico constituye no sólo uno de los elementos más evidentes del pensamiento y el estilo sino también la condición necesaria para su existencia.

Así describe estos años de eufórica implantación y fusión de la teoría con la literatura Susana Cella en la introducción al volumen 10 ya mencionado de la *Historia crítica de la literatura argentina*:

Al agrupar algunos ensayos bajo el título de «Interferencias» se quiere mostrar la aparición y la importancia que adquieren algunos saberes en el lapso considerado y en estrecha relación con la literatura en cuanto a su práctica, concepción y organización en un sistema de lecturas. Entre ellos, el psicoanálisis —desde la tradición freudiana a la vertiente lacaniana— ocupa un lugar primordial y suscita formas de escritura y reflexiones acerca de la literatura que de algún modo se muestran como la contrapartida de lo que la propia literatura ha aportado y sigue aportando al psicoanálisis desde su propia constitución como disciplina. Cuál es su importancia en la literatura argentina, de qué modo se lo incorpora y qué resulta de ese proceso es el tema del capítulo donde aparece como clave de esa interrelación *la marca del deseo* en la escritura. (12)

Es Jitrik, en ese mismo volumen, quien pone a continuación la literatura argentina a partir de los años sesenta (y será muy difícil fijar hasta cuándo) bajo el foco del discurso psicoanalítico. Lo hace en forma de pregunta retórica, una pregunta que obliga, no obstante su carácter indirectamente asertivo, a detenerse en un rasgo que es eminentemente nacional y que se encuentra tanto en los dispositivos críticos como en las texturas genéricas de la creación:

¿Por qué la literatura, o más bien los escritores en general, y, para la historia que nos importa, ciertos escritores argentinos, habrían encontrado en 1960 no el psicoanálisis, que ya había sido hallado desde hacía varias décadas, sino un modo de pensarse en el psicoanálisis? ¿En qué psicoanálisis en ese momento? (Jitrik:19)

Desde esta perspectiva Jitrik se fija en un concepto fundamental —la teoría del sujeto— que une en esa época, tras el primer estructuralismo —al que se

debe, por ejemplo, el estudio de las relaciones de parentesco de *Cien años de soledad* por parte de Josefina Ludmer— el psicoanálisis lacaniano, los desarrollos de Michel Foucault o Gilles Deleuze y, por supuesto, los de Roland Barthes, quizá el autor que, de manera transversal, ha permeado, de manera más rica y estimulante, las distintas vertientes críticas y literarias de la Argentina. Jitrik agrega a la primera pregunta una segunda: por qué Oscar Masotta, crítico literario, introdujo a Lacan en la Argentina. Y responde indirectamente que lo hizo por un acto autobiográfico, en el que inventó una serie que va desde la experiencia de la libertad sartreana, condición de poder sobrevivir a la clase media al pasar por la locura («Roberto Arlt, yo mismo») y llegar a un sujeto no constituido, lábil, amenazado por la conciencia del lenguaje, que se encuentra en obras singulares de los años sesenta y setenta. De ellas el poema «Die Verneinung» (la denegación) de Osvaldo Lamborghini es una de las expresiones más claras, con un yo fuerte a la vez autodenigratorio: una suerte de celebración de Maldoror pasada por las figuraciones lacanianas del escenario del lenguaje. Como en Masotta, se verifica en Lamborghini la serie (Sartre, locura, Lacan) sólo que él, en lugar de la conversión a la institución psicoanalítica, elige el confinamiento en el acto de la creación. Cabría, no obstante, incorporar, como antecedente y, quizá, como la más completa imbricación literaria de los dos psicoanálisis, el popular y el letrado, a Manuel Puig. Puig utilizó este núcleo como sustrato de la representación desde *La traición de Rita Hayworth* hasta, al menos, *The Buenos Aires Affair*, y Ricardo Piglia recogió en 1999 esta vertiente:

Decía Puig que el inconsciente tenía la estructura de un folletín. Él, que escribía sus ficciones muy interesado en la estructura de las telenovelas o los grandes folletines de la cultura de masas, había podido captar esta dramaticidad implícita en la vida de todos, que el psicoanálisis pone como centro de la experiencia de la construcción de la subjetividad. (1)

No obstante, hay excepciones notables. Es revelador que veinte años después de la eclosión lacaniana de la escritura literaria en la Argentina Piglia elija mencionar sólo a Puig. Señala así una diferencia entre dos maneras de acceder a la literatura desde el psicoanálisis: la de Puig (y por extensión la de Piglia) rearmaría el espacio autónomo de la ficción dejando de lado la herencia de la revista *Literal* (1973–1977), que Héctor Libertella, en el volumen de compilación de 2002, propone como una combinación del impulso de la ficción con el del pensamiento: ambos son escrituras y, por ello, son indiscernibles. Del lado de la ficción, para Libertella: «*El frasquito* de Luis Guzmán, *Telémaco* de César Guillermo Sarmiento, *De este lado del Mediterráneo* de Tamara Kamenszain, *Sebregondi retrocede* de Lamborghini, la Biblioteca de Psicoanálisis “Tiresias”» (6). Del lado de la crítica: Masotta, Germán García, o Josefina Ludmer, que decidieron no firmar sus textos en la revista, ser sólo escritura: «La política de tachar los nombres propios en la revista *Scilicet* —que dirigió Lacan en París— hacía lejano eco en *Literal*» (7). Esta revista fue la más representativa de este destilado del discurso lacaniano en

la cultura argentina, junto otras que indirectamente compartían estilemas psicoanalíticos, como *Los Libros* (1969–1975) o la breve *El cielo* (1968–1969) en la que firmaron César Aira y Arturo Carrera. A pesar de las diferencias, se delineó así un discurso reconocible de la cultura alta impregnada de la teoría, que será lo más aproximado a lo que Jitrik denomina como «escrituras del deseo».

Aquí se puede empezar a detectar un movimiento, una especie de ansia de retorno a lo literario. Tanto Aira y Carrera como más tarde Piglia se desplazaron lentamente, quizá sin abandonar del todo el sistema de reconocimiento y prestigio que el dominio del discurso psicoanalítico confiere en la sociedad argentina, para adoptar posiciones más clásicas, más cercanas a la relación primera entre Freud y los grandes creadores de su tiempo. Lo mismo hace, en su caso desde el principio de su producción, Juan José Saer, que ya en 1973 había adoptado la posición de un lector interesado por la similitud y el contraste entre el procedimiento de la narración y el del relato psicoanalítico:

El psicoanálisis no investiga los fenómenos psíquicos sino el discurso que estima representarlos. Considerando los hechos desde este punto de vista, la poesía no ha suministrado al psicoanálisis contenidos que examinar sino más bien su repertorio metodológico, no el objeto, sino el instrumento del análisis. (Saer:161)

Ya no son las marcas del deseo en la escritura sino la figuración del deseo en la historia. Con respecto a la instilación del psicoanálisis en la creación el registro de Saer está más cerca de Auden que de la desaparición de la especificidad de lo literario. Quizá por ello su obra —que postuló y defendió el ideal de una literatura autónoma— admite una aproximación psicoanalítica como la de Julio Premat en *La dicha de Saturno. Escritura y melancolía en la obra de Juan José Saer*, que sin duda se separa de la crítica generalizada, argentina, de la escritura del deseo:

Así planteada, la utilización del psicoanálisis en los estudios literarios se asemeja a una aporía metodológica. La solución pragmática comenzaría con una declaración de principios: hay que intentar situarse en el plano de la crítica literaria y no pretender repetir otras prácticas interpretativas. Creo que invertir la perspectiva sería benéfico: no preguntarse cuáles son los contenidos inconscientes de un texto (contenidos comunes a todo fantasma, sueño o fantasía) sino preguntarse cuáles son las especificidades en la representación de esos contenidos. (...) Entre texto y fantasma, no concentrarse en las similitudes sino en las diferencias, para delinear así una literariedad. (25)

El libro de Premat marcó una distancia con respecto a las escrituras del deseo; se situó en una esfera en la que la perspectiva psicoanalítica sigue siendo un foco más que un espacio indiscernible de textualidades sin género y sin particularidades estéticas. La aparición de este ensayo marcó una clausura del espacio militante de las escrituras del deseo, aunque no del uso tácito del psicoanálisis como herramienta de la crítica. Por ello, si se quiere cerrar de algún modo esta

etapa se puede pensar que en 2015 *Roland Barthes. Los fantasmas del crítico*, editado por Alberto Giordano, y en el que escriben el propio Giordano, Gonzalo Aguilar, Sandra Contreras, Sergio Cueto, David Fiel, Daniel Link, SivioMattoni, Judith Podlubne, Juan B. Ritvo, Beatriz Sarlo y Carlos Surgi —historiadores y críticos del cine, académicos de teoría literaria, creadores, ensayistas y psicoanalistas— con motivo del centenario de Barthes, resume y expresa todas las vertientes, sesgadas o centrales, que supuso la unión del discurso psicoanalítico y el de la literatura en la Argentina. Al mismo tiempo, marca una modificación importante, tal vez una mengua conceptual, cultural en sentido amplio, del discurso lacaniano. Y lo hace a través de Barthes, cuyo rasgo permanente fue una apertura al psicoanálisis que no dejaba, a la vez, de defenderse del discurso psicoanalítico: la literatura sería ese resto que permanece en un objeto —el texto— irreductible a la escena psicoanalítica.

Barcelona, 30 de enero de 2017

## Notas

<sup>1</sup> Nuestra voz racional está muda/ Sobre su tumba, la casa del Impulso llora por el bienamado/ triste está Eros, constructor de ciudades y llora la anárquica Afrodita. (Mi traducción)

<sup>2</sup> Era muy bello el viejo/ y yo conocí la sabiduría,/ hallé la verdad sin medida/ en sus palabras/ su autoridad era decisiva/ ¿Cómo era que comprendía? (Traducción de Mirta Rosenberg y Diana Bellessi, *Diario de Poesía* II).

<sup>3</sup> Hoy, gracias a Freud, el hombre de la calle sabe (para citar de manera inexacta la revista *Punch*) que, cuando piensa una cosa, la cosa que piensa no es la cosa que él piensa que piensa, sino sólo la cosa que él piensa que piensa que piensa. Mi traducción.

<sup>4</sup> Quien llevó a Buenos Aires (junto con José Bleger) entre 1962 y 1964, los primeros textos o apuntes de Jacques Lacan, antes incluso de la publicación de *Écrits* en 1966.

## Bibliografía

- AUDEN, WYSTAN HUGH (W.H.) (1940). *Another Time*. Londres: Random House.
- BELINSKY, JORGE (2000). *Bombones envenados y otros ensayos sobre imaginario, cultura y psicoanálisis*. Barcelona: Serbal.
- (2007). *Lo imaginario: un estudio*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BLANCHOT, MAURICE (1963). *Lautréamont et Sade. Avec le texte intégral des Chants de Maldoror*. París: Minuit.
- CARDÍN, ALBERTO (1993). *Un cierto psicoanálisis*. Madrid: Libertarias/Prodhufo.
- CELLA, SUSANA (1999). *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 10. Buenos Aires: Emecé.
- DROUET, ANNE-CÉCILE (2006). *La psychanalyse dans l'Espagne post franquiste (1975-1985)*. Tesis doctoral inédita. París: Université Paris IV, La Sorbonne.
- (2008). *Ecos socioculturales de la introducción del lacanismo en España*. Lírico. Web.

- ESPÓSITO, FABIO (2015). «La crítica moderna en la Argentina: la revista *Los libros* (1969–1976)». *Orbis Tertius* 21(xx), 1–8.
- GARCÍA, GERMÁN LEOPOLDO (1982). «Presentación: Psicoanálisis y literatura». *Camp de l'arpa. Revista de Literatura* 96. Web.
- (2005a). *La entrada del psicoanálisis en la Argentina*. Buenos Aires: Catálogos.
- (2005b). *El psicoanálisis y los debates culturales*. Buenos Aires: Paidós.
- GIORDANO, ALBERTO (2005). *Modos del ensayo: de Borges a Piglia*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- (Ed.) (2015). *Roland Barthes. Los fantasmas del crítico*. AA. VV. Rosario: Nube Negra.
- JITRIK, NOÉ (1999). «Las marcas del deseo y el modelo psicoanalítico». *Historia crítica de la literatura argentina*. Vol. 10. Buenos Aires: Emecé, 19–32.
- LIBERTELLA, HÉCTOR (Comp.) (2002). *Literal 1973–1977*. Buenos Aires: Santiago Arcos.
- MASOTTA, OSCAR (1965). *Sexo y traición en la obra de Roberto Arlt*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- (1968). *Conciencia y estructura*. Buenos Aires: Jorge Álvarez.
- NEIBURG, FEDERICO y MARIANO PLOTKIN (2004). *Intelectuales y expertos: la constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.
- PARAÍSO, ISABEL (1994). *Psicoanálisis de la experiencia literaria*. Madrid: Síntesis.
- PIGLIA, RICARDO (2005). «Los sujetos trágicos: Literatura y psicoanálisis». *Freudiana* 42, 107–113.
- PREMAT, JULIO (2002). *La dicha de Saturno. Escritura y melancolía en la obra de Juan José Saer*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- ROSA, NICOLÁS (1970). *Crítica y significación*. Buenos Aires: Galerna.
- SAER, JUAN JOSÉ (1997). «Freud o la glorificación del poeta». *El concepto de ficción* Buenos Aires: Ariel, 159–163.
- SÁNCHEZ BARRANCO, ANTONIO; PABLO SÁNCHEZ BARRANCO VALLEJO Y FRANCISCO BALBUENA-RIVERA (2012). «El psicoanálisis en España: su pasado y su presente». *Apuntes de Psicología* 1–3(30), 165–174.
- SUPPÉ, ISABEL (2008). «Literatura y psicoanálisis», en José Amícola y José Luis De Diego, editores. *Literatura. La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates*. La Plata: Al Margen, 209–219.
- TANNER, TONY (1992). *Writing the City. Venicedesired*. Cambridge: Harvard University Press.
- VEZZETTI, HUGO (1986). *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière*. Buenos Aires: Paidós.
- (1999). «Las promesas del psicoanálisis en la cultura de masas». *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus, 173–197.
- (2016). *Psiquiatría, psicoanálisis y cultura comunista. Batallas ideológicas en la guerra fría*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- WOLF, JORGE H. (2016). «Entre *Los libros* y *El cielo*». *Cuadernos LIRICO*. Web.